



Apuntes sobre una ciudad de mendigos: mendicidad de profesión en Medellín

Andrés Felipe Uribe Vasco

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Tutor

María Isabel Naranjo Restrepo, Periodista

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Periodismo
Medellín, Antioquia, Colombia
2021

Cita	(Uribe Vasco, 2021)
Referencia	Uribe Vasco, A. (2021). <i>Apuntes sobre una ciudad de mendigos: mendicidad de profesión en Medellín</i> [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decano: Edwin Alberto Carvajal Córdoba.

Jefe departamento: Juan David Rodas.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Información general	1
Resumen ejecutivo	2
Presentación general del trabajo	3
Apuntes sobre una ciudad de mendigos	16

1. Información General

Título de la propuesta: Mendicidad de profesión en Medellín

Investigador: Andrés Felipe Uribe Vasco

Entidad: Universidad de Antioquia, Facultad de Comunicaciones, Pregrado de Periodismo.

Duración: 4 meses

2. Resumen Ejecutivo

La mendicidad ha estado vinculada a lo largo de la historia con diferentes conceptos como vagabundo, orden social, misericordia, vagancia e informalidad. En textos clásicos como La Odisea de Homero ya se puede encontrar la figura del mendigo representada en Ulises. La concepción de este término ha sufrido diferentes variables, dependiendo de las ideas y lógicas imperantes en cada época el mendigo ha tenido un estigma distinto. Actualmente la Organización Internacional del Trabajo define la mendicidad como “el conjunto de actividades a través de las cuales una persona pide dinero a un extraño”(Citado en Medina, 2018).

En Colombia, el conflicto armado, la desigualdad y la pobreza extrema han hecho de esta práctica una actividad cada vez más común. Los buses, semáforos y andenes de sus ciudades principales son inundados por personas que viven de la limosna. La gran cantidad de mendigos y los grandes aportes que reciben por algunos de los ciudadanos y transeúntes han hecho que este ejercicio adquiera habilidades y destrezas cada vez más sofisticadas. En este panorama aparece el mendigo de profesión, aquella persona que hace de su necesidad su oficio.

El tema de la mendicidad en Medellín no ha sido tratado desde este punto de vista. Los trabajos académicos y periodísticos han abordado el problema desde una perspectiva económica, lingüística y social. En este último aspecto únicamente se ha trabajado el tema de la mendicidad inducida. Por esta razón, este trabajo busca investigar las relaciones y enseñanzas de las diferentes prácticas que se establecen entre los mendigos profesionales y su entorno. Su objetivo es narrar, a través de una serie de crónicas, el funcionamiento de la mendicidad de profesión en Medellín.

Para su desarrollo este trabajo se enmarca en un paradigma interpretativo y enfoque cualitativo. Las técnicas de investigación a utilizar serán la observación participante y la entrevista a profundidad.

El producto final son cinco crónicas periodísticas que narren el funcionamiento de la mendicidad de profesión en Medellín. La operatividad, el aprendizaje y enseñanza de esta práctica en la ciudad, así como el trabajo que se encuentra detrás de este ejercicio. Las crónicas serán difundidas en periódicos o medios universitarios y alternativos de la ciudad y en las jornadas de exposición de trabajos de grado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

3. Presentación general de trabajo

3.1. Planteamiento del problema

Niños, niñas y jóvenes que se escapaban de su casa y llegaban a Medellín a pedir. Falsos enfermos, ciegos, tuertos, mancos y tullidos que se hacían pasar por mendigos para obtener alguna moneda son algunas de las situaciones que describe Jorge Mario Betancur en su libro *Moscas de todos los colores*, y que muestran una de las realidades de esta práctica a finales del siglo XIX y principios del XX en el sector de Guayaquil de la ciudad.

La mendicidad es definida, según la Organización Mundial del Trabajo, como “un conjunto de actividades a través de las cuales una persona pide dinero a un extraño por ser pobre o necesitar de donaciones de caridad para su salud o por razones religiosas” (citado en Medina, 2018). En ocasiones, se camufla con ventas donde no hay relación entre el precio y el producto.

Actualmente, las ciudades colombianas y latinoamericanas, viven un aumento de esta práctica, donde se encuentran diferentes modalidades para llegar al transeúnte o pasajero. Noticias como “Falso mendigo se hacía \$500.000 con una herida maquillada” (El Colombiano, 2016) o “Así estafan los falsos mendigos en buses y calles de Lima” (El Comercio, 2017) permiten ver la profesionalización y capacidad que trae este ejercicio.

En Barranquilla, Santa Marta y Cartagena se encuentran varios tipos de mendicidad relacionadas con actividades de venta, apoyada en alguna discapacidad, vigilancia de carros y la del semáforo, que combina desde la venta hasta limpieza de vidrios y acrobacias. (Ramos, Moreno, Parada & García, 2008) En Medellín y otras ciudades también es posible encontrar estas personas en las calles, semáforos y vehículos de servicio público.

En Colombia el conflicto armado, la pobreza extrema y la economía informal son algunos de los factores que han ayudado a perdurar la mendicidad:

Colombia es uno de los países con mayores problemas de desigualdad en la distribución en el ingreso en América Latina; además, según la CEPAL, posee uno de los índices más altos de pobreza, indigencia y desempleo, y es un país donde el 60% de la población no tiene un ingreso suficiente para la adquisición básica de la canasta familiar, pues un 23% de este 60%, se encuentra en nivel de indigencia. [...] otra causa que ha incrementado la mendicidad y la marginalización de las principales ciudades del país es el desplazamiento forzado generado por violentos procesos de despojo y de expulsión de población campesina, indígena y negra, es decir, los grupos poblacionales más excluidos del país. (Avendaño & Paz, 2013, p.174)

Las condiciones mencionadas anteriormente han impedido que se desarrollen proyectos eficientes por parte del Estado para asegurar un empleo que supla las necesidades básicas. Y en la misma medida, han garantizado que los individuos vean en la mendicidad una salida para conseguir dinero.

Los ingresos y beneficios que obtienen por medio de la limosna también han llevado a una organización alrededor de la práctica. Como en el caso de Argentina y los vendedores/mendigos del subterráneo de Buenos Aires:

En lo laboral funcionan como grupo y como individuos autónomos. Por un lado, se organizan colectivamente con normas y pautas que benefician a todos para hacer del trabajo una actividad redituable. Entablan relaciones de cooperación y se contienen mutuamente sobre todo frente a la autoridad, al público y a sus competidores. En este sentido hay componentes identitarios del grupo, se identifican como “vendedores”. Sin embargo, funcionan cada uno por separado como una unidad económica, manejan su propio dinero, deciden sobre los ritmos de trabajo, deciden cómo invertir lo recaudado. (Graziano, Lejarraga & Grillo, 2004, p.11)

Estos elementos han ido convirtiendo la mendicidad en un oficio y han hecho de algunas personas mendigos de profesión. Término utilizado por Jonathan Swift, escritor irlandés, en su texto *Una modesta proposición* para referirse a aquellos particulares que reconocen la mendicidad como su trabajo. O más recientemente por Frontela (2016), al hablar de pordioseros de profesión, para aludir a aquellos que a través de engaños o técnicas mueven al fiel a dar limosna.

Las investigaciones que se han desarrollado sobre la mendicidad en Medellín están enfocadas, principalmente, en la mendicidad inducida o ajena en especial de menores de edad e indígenas (Aguilar Ríos & Franco Gómez, 1997) (Salcedo, 2013). También se ha trabajado el tema de vendedores de transporte públicos desde un punto de vista comercial (Gutiérrez-Gaviria & Mejía-Urbe, 2014) y en ocasiones lingüística al analizar el discurso utilizado por estos (Saavedra, 2014) (Muñoz Dagua & Andrade Calderon, 2014), pero no se encontró una investigación que los estudiara desde su condición como mendigos. Los trabajos publicados se encuentran más que todo en prensa tanto digital como física. Hasta el momento no se encontró ninguna que abarcara a aquellos mendigos que reconozcan esta práctica como su oficio.

En este sentido, este trabajo de grado investigará las relaciones y enseñanzas de las diferentes prácticas que se establecen entre los mendigos de profesión. Se dejará de lado al mendigo circunstancial o mendicidad inducida. Esta investigación busca responder a la pregunta ¿cómo funciona la mendicidad de profesión en Medellín?

La pertinencia del mismo radica en los pocos estudios que se han hecho sobre esta práctica en la ciudad, en especial la falta de una mirada periodística profunda al tema. El producto final será una serie de crónicas escritas apoyadas en recursos literarios y presentadas de manera innovadora y original.

3.2. Impacto esperado

Estas crónicas buscan visibilizar las prácticas y experiencias que se esconden detrás de la mendicidad, así como mostrar las relaciones y lazos de las personas que tienen esta condición como una profesión. De igual forma, ser un aporte a la historia de esta práctica en la ciudad.

Además, la investigación pretende ser un trabajo preliminar para aquellos proyectos de inclusión social que trabajan esta problemática en ciudades colombianas. Por último, las narraciones se abordarán de una forma novedosa y creativa de manera que resulten atrayentes para el lector.

3.3 Usuarios directos e indirectos

El trabajo va dirigido a aquellos sociólogos, psicólogos, trabajadores sociales, periodistas y profesionales de áreas afines que estén interesados en el desarrollo de esta práctica y en las personas que la ejercen. Igualmente, a organizaciones gubernamentales o no gubernamentales que desarrollen proyectos sobre la mendicidad.

En la misma medida, a los ciudadanos e individuos que estén interesados en temas de ciudad y en la lectura y creación de crónicas periodísticas.

3.4. Referentes Conceptuales

Mendicidad

La mendicidad ha sido definida como “la acción, el estado o la situación del ser humano que, con inoportunidad y humillación, implora la caridad pública, pidiendo limosna de puerta en puerta, en las calles, en los caminos, portadas, etc.” (Pomes, 2003). A lo largo de la historia, este concepto se ha ido confundido con el de vago, vagabundo, vadio e indigente. Varios autores han tratado de delimitarlo y de dar las características o rasgos propios de esta condición.

“La base del concepto estaba en la capacidad o incapacidad para trabajar, «todo individuo capaz de ganarse la vida con su trabajo, que persista en mendigar habitualmente, será

considerado y castigado como vadio».” (Durão, Cordeiro & Gonçalves, 2005). En el caso de la Grecia antigua, no había una distinción entre estos términos, puesto que el mendigo era visto como un vagabundo:

Estos iban de ciudad en ciudad contando historias y enriqueciendo su repertorio con otras nuevas. La gente se agolpaba a su alrededor para escucharlos, ya en los espacios públicos, ya en las casas para particulares, y retribuía la diversión llenando de víveres el saco del mendigo u ofreciéndole alguna prenda de vestir. (Quevedo, 2007, p. 36)

En la Edad Media, el concepto empieza a acercarse a la misericordia. El mendigo es un puente para expiar las culpas del pecador. La ayuda proporcionada al necesitado defendía la idea de hacer el bien para acercarse al ‘cielo’. Esta situación aumentaría la cantidad de mendigos y las personas que vivían de la caridad, convirtiendo a la “mendicidad en un importante factor de perturbación social” (Quevedo, 2007)

La prohibición, hospitalización y domesticación se vuelven las palabras claves para entender la mendicidad en el siglo XVII y XVIII:

En el marco de esta nueva sensibilidad, ya no religiosa, sino ético-social, la mendicidad se convierte en «un problema de “policía”, concerniente al orden de los individuos en la ciudad». La hospitalidad que ahora acoge al pobre, al loco, al vagabundo «va a convertirse —nuevo equívoco— en la medida de saneamiento que lo pone fuera de circulación. (Quevedo, 2007, p.122)

En este contexto se crean los primeros hospitales y asilos para mendigos, donde también iban a parar locos, indigentes, pobres, ladrones, prostitutas y otros del eslabón social más bajo. Al iniciar el siglo XIX, la “situación económica, social y cultural crece en complejidad. Consagrados como delitos, la mendicidad y el vagabundeo son vistos como la antesala del crimen, intrínsecamente ligados a la pobreza” (Quevedo, 2007)

El trabajo, igualmente, se vuelve uno de los factores más importantes para ver este problema:

En el terreno económico se veía al mendigo con desconfianza por su falta de disposición hacia el trabajo. Se le consideraba un factor que contribuía al decaimiento de “las razas” y frenaba el progreso de los “pueblos”. Asimismo, la conducta del mendigo preocupaba a la sociedad liberal porque era un individuo inútil [...] una carga para los demás, puesto que, si nada produce, tienen que consumir el fruto del trabajo ajeno. (Bertruy, 1999, p.146)

Con la llegada del siglo XX, por primera vez en la historia el mendigo pasa a ser una víctima de la sociedad:

Se privilegia entonces la educación como medio para combatir la mendicidad: el mendigo debe ser protegido y educado por los sistemas de seguridad social. [...] En nuestra época, a

diferencia de los siglos precedentes, se ha despertado una sensibilidad que valora el esfuerzo que comporta el quehacer del mendigo. Él ya no es el vago por excelencia, el parásito aprovechado que no hace nada. (Quevedo, 2007, p.136,138).

Actualmente, en el contexto colombiano y latinoamericano, la mendicidad se confunde con la economía informal o el rebusque, debido a las situaciones de pobreza extrema y desigualdad presentadas en la región.

Prácticas mercantiles de mendicidad

El término prácticas mercantiles de mendicidad es acuñado por los investigadores Graziano, Lejarraga y Grillo para nombrar “los elementos propios de la venta ambulante que se articulan con los de la mendicidad conformando una compleja y no monolítica práctica laboral/ actividad de intercambio” (2004)

En otras palabras, utilizar las tácticas de la mendicidad para llamar la atención del público al momento de la venta. La práctica no es exclusivamente mendicidad, pero acoge elementos de esta. Una de las causas por las que utilizarían estas prácticas es para dejar a un lado el estigma de vergüenza con que carga el mendigo:

Pensamos que si bien ser mendigo constituye un estigma que tiñe las relaciones con los otros limitando los encuentros, estos sujetos hacen un uso de alguna manera positivo, de este estigma, que les permite generar sus ingresos. Han desarrollado, paralelamente a la mendicidad, una actividad nueva que la complementa y les permite aprovechar el mercado de la caridad sin ser necesariamente mendigos. Hay similitudes en cuanto a estrategias y formas de desarrollar la actividad, pero se redefinen con otras propias de la venta ambulante y esto les otorga cierta sensación de dignidad (Graziano, Lejarraga & Grillo, 2004, p. 16)

Esta idea también la encontramos en Amalia Quevedo en su libro *Mendigos ayer y hoy*:

Hay también en nuestra época algunas forma de venta ambulante emparentadas con la mendicidad. Me refiero a esas cosas más o menos inútiles que compramos, no por sí mismas, sino por ayudar a quien las vende, por recompensar su evidente esfuerzo. El discurso de estos vendedores es casi idéntico al del mendigo: exponen su situación, sus necesidades; y en lugar de encomiar el objeto que venden, piden clara y abiertamente que se les socorra (2007, p. 138 - 139)

Mendicidad de profesión

La mendicidad de profesión se refiere a la mendicidad no como condición sino como ocupación u oficio. A finales de la Edad Media los mendigos de profesión eran aquellos

penitentes o peregrinos que vivían de la caridad pública. (Quevedo, 2007). Reconocían la mendicidad como su oficio.

Este término también está emparentado con la profesionalización de la mendicidad o con los mendigos profesionales. Ambos términos apuntan a la falsedad o engaño utilizado por los mendigos para obtener más fácilmente la ayuda de los otros. “Escuelas clandestinas en las que se instruye a niños y jóvenes en el arte de mendigar: artimañas aparte, en ellas se aprenden la retórica y el drama propios del oficio, además de incontables piruetas destinadas a convertirse en espectáculos callejeros” (Quevedo, 2007)

A pesar de la relación de estos conceptos con los falsos mendigos, la mendicidad de profesión no se limita solamente a quienes utilizan el engaño, sino también a los inválidos, pobres, desfavorecidos y otros que realizan esta práctica y la reconocen como su ocupación. No se encontró un autor que definiera exactamente lo que significa la mendicidad de profesión, pero sí varios textos que hacen relación a esta y ayudan a comprender el término. Platón en *Las Leyes*, se refiere a la mendicidad como la ocupación de “allegar recursos a través de súplicas incesantes” (Citado en Quevedo, 2017)

Los filántropos mexicanos del siglo XIX a través del periódico *El Asilo de Mendigos*, reconocen esta práctica como “utilitarista, al atribuirle un móvil de cálculo como a cualquiera otra profesión lucrativa” (Citado en Bertruy, 1999). De la misma manera en la revista mexicana *Sucesos* aparecen varios reportajes, donde denuncian la existencia de las organizaciones, Alianza de Menesterosos Mexicanos y la Liga Socialista de Mendigos, y describen la profesión del mendigo como “la más lucrativa de México” (Citado en Pérez, 2008).

Una de las definiciones más concretas de la mendicidad de profesión se puede encontrar en la *Nueva Eloísa* de Rousseau, en palabras de Julie defendiendo al pordiosero:

Uno sufre [...] y mantiene a altos costos multitud de profesiones inútiles, muchas de las cuales no sirven más que para corromper y dañar las costumbres. Si se mira el estado del mendigo como un oficio, lejos de tener motivos para temer algo semejante, lo que se halla en él es materia para alimentar los sentimientos de su interés y humanidad que deberían unir a todos los hombres. Si se quiere verlo desde el punto de vista del talento, ¿por qué no habría yo de recompensar la elocuencia de ese mendigo que remueve mi corazón y me induce a socorrerlo, como le pago, en cambio, a un actor que me hace derramar algunas lágrimas estériles? Si este me lleva a amar las buenas acciones de otro, aquel me lleva a hacerlas yo mismo. Lo que uno siente durante la representación teatral, lo olvida al momento de salir; el recuerdo de los desgraciados a los que uno ha socorrido, proporciona, en cambio, un placer que renace de continuo. Si la gran cantidad de mendigos es onerosa para el estado, ¿de cuántas otras profesiones que uno fomenta y tolera no se puede decir lo mismo! Corresponde al

soberano velar por que no haya mendigos; pero, para alejarlos de su oficio, ¿hay acaso que volver inhumanos y desnaturalizado a los ciudadanos? (Citado en Quevedo, 2007, p. 161)

En este sentido, si aunamos las citas nombradas podemos sintetizar que la mendicidad de profesión es el oficio de remover los sentimientos del prójimo a través de recursos y estrategias que permitan vivir de la caridad pública.

Crónica periodística

Carlos Mario Correa en su libro *Aprendiz de Cronista* define la crónica como “el reportaje narrado con imaginación” (2014). Al hablar de imaginación Correa no se refiere a la invención, sino a la creatividad a la hora de contar. La utilización de unas técnicas narrativas con el objetivo de presentar un texto ameno y atrayente para el lector, que le permita informarse sobre un tema y disfrutar de la lectura del mismo.

Por su parte, el Manual de Estilo del diario *El País de España* define la crónica como “estilo situado a medio camino entre la noticia, la opinión y el reportaje” (2002). Mientras el periodista Juan María Guach, la define como:

Narración directa e inmediata de una noticia con elementos narrativos, que deben ocupar una posición secundaria respecto al relato de los hechos. El cronista refleja lo ocurrido entre dos fechas, aunque se trata de lo ocurrido de un día para otro. El estilo debe ser directo y llano, esencialmente objetivo, aunque refleje la personalidad literaria del periodista. (Citado de De Diego, 2007, p.14)

Una visión personal y un estilo fluido son las dos características principales del estilo de la crónica acompañadas de unas herramientas literarias. Para el Manual de Estilo de La Nación de Argentina, “la crónica debe construirse a partir de unas líneas muy atrayentes y fuertes que contengan la esencia de lo que pasó, de lo que se quiere transmitir” (1997).

Ese estilo atrayente y fuerte lo plasma Nancy Salas en su libro *La crónica periodística peruana*:

Inquiriendo en la naturaleza discursiva de la crónica resultaba que era un texto cautivador por varios motivos. Por la presencia de una voz que vertía sus sentimientos, sus reacciones, sus impresiones, su propia experiencia o sus vivencias en torno a un tema. (2009, p.1)

La utilización de este género periodística responde a la visión no totalizadora que tiene la crónica. La crónica no pretende mostrar la totalidad de un tema, sino detallar, describir y mostrar un evento. Diferente al reportaje que responde a una visión desde varios puntos de vista, la crónica puede responder solo a una mirada, lo que concuerda con el desarrollo del tema y un primer acercamiento frente a su tratamiento en la ciudad.

3.5. Objetivos

3.5.1 Objetivo general

Narrar, a través de una serie de crónicas, el funcionamiento de la mendicidad de profesión en Medellín.

3.5.2 Objetivos específicos

Identificar las dinámicas y estrategias de la mendicidad de profesión en Medellín.

Explorar, a través de testimonios de personas dedicadas a la mendicidad, la organización de la mendicidad de profesión en Medellín.

Describir los lugares donde se desarrolla la mendicidad de profesión.

3.6. Metodología

Este trabajo se enmarca en un paradigma interpretativo y un enfoque cualitativo de investigación. El paradigma interpretativo no busca tener una universalidad y veracidad exclusiva, sino que se reconoce como “heterogéneo, disperso y multilineal de conceptos y procedimientos que no se pretenden exclusivos ni universales” (Pimienta, 2011). Igualmente deja a un lado las regularidades y leyes generales, sino que indaga por “las realidades sociales en sus caracteres específicos y particulares”. (Pimienta, 2011)

Por su parte, el enfoque cualitativo según Steven J. Taylor y Robert Bodgan, es aquel donde se “produce datos descriptivos: las propias palabras de las personas, habladas o escritas, y la conducta observable” (1992). En ese sentido, este tipo de estudio se concentra en un evento, acto, individuo o grupo y trata de hacer una reflexión profunda sobre el hecho estudiado como lo pretende este trabajo de grado.

Una definición más precisa sobre los estudios cualitativos la da María Eumelia Galeano Marín:

Los estudios cualitativos ponen especial énfasis en la valoración de lo subjetivo y lo vivencial y en la interacción entre sujetos de la investigación; privilegian lo local, lo cotidiano y lo cultural para comprender la lógica y el significado que tienen los procesos sociales para los propios actores, que son quienes viven y producen la realidad sociocultural. (2015, p. 20)

El acercamiento que se pretende realizar con el presente trabajo para comprender cómo funciona la mendicidad de profesión en Medellín se adscribe a este enfoque por la posibilidad que le permite el mismo de acercarse a estos actores y comprender sus procesos.

Para el desarrollo y creación de las crónicas periodísticas se utilizarán las técnicas de investigación, observación participante y entrevista a profundidad. La observación participante “se refiere a la recolección de información que realizan observadores implicados en el campo, suficiente para observar un grupo: sus interacciones, comportamientos, ritmos, cotidianidades” (Galeano, 2015). Busca entonces establecer un vínculo con los actores pero sin interferir en su cotidianidad. Para esto y como lo aclara Galeano:

El investigador focaliza su observación de acuerdo con el propósito de su trabajo, que está guiado por una pregunta, una cuestión o un problema, lo cual le da sentido a la observación participante y determina aspectos como qué es observado, cómo, cuándo y dónde se observa, qué observaciones se registran y cómo se registran, cómo se analizan los datos procedentes de la observación y qué utilidad se les da. (2015, p. 37)

En este sentido, la observación estará dirigida especialmente a los momentos de preparación de la labor de los mendigos de profesión y a la interacción que pueda existir entre ellos mientras la realizan. Igualmente, al desarrollo de su trabajo para estudiar su relación con el entorno y el espacio.

La entrevista a profundidad es definida como “reiterados encuentros cara a cara entre el investigador y los informantes, encuentros estos dirigidos hacia la comprensión de las perspectivas que tienen los informantes respecto de sus vidas, experiencias o situaciones, tal como las expresan con sus propias palabras” (Taylor & Bogdan, 1992). Esta técnica está muy acorde con la observación participante, puesto que no busca un encuentro brusco, sino paulatino, donde el sujeto confía poco a poco en el investigador, hasta que olvida que este es un intruso.”Del mismo modo que los observadores, el entrevistador “avanza lentamente”, formula inicialmente preguntas no directivas y aprende lo que es importante para los informantes antes de enfocar los intereses de la investigación”. (Taylor & Bogdan, 1992).

Esta técnica no utiliza un formato de preguntas, ni se trata de entrevistas estructuradas o semiestructuradas que pueden espantar a los sujetos, sino que se realizan a manera de diálogo para ir recogiendo esas dinámicas y estrategias de la mendicidad de profesión.

3.7. Resultados esperados

Cinco crónicas periodísticas que narren el funcionamiento de la mendicidad de profesión en Medellín. Su operatividad, el aprendizaje y enseñanza de esta práctica en la ciudad así como el trabajo que se encuentra detrás de este ejercicio. Igualmente la organización de la actividad y las circunstancias que permiten la consolidación y sobrevivencia de este oficio.

Unos textos que con una estructura narrativa rica y original, apoyada en diferentes recursos literarios, le muestren al lector una nueva visión de la mendicidad.

3.8. Estrategias de comunicación

Socialización del proyecto del trabajo de grado ante estudiantes y profesores del programa de Periodismo de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia.

Entrega de una copia digital del trabajo de grado a la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz.

Publicación de las crónicas en periódicos o medios universitarios y alternativos de la ciudad.

3.9. Cronograma de actividades

	Mes 1				Mes 2				Mes 3				Mes 4			
Investigación y trabajo de campo	x	x	x	x	x	x	x	x								
Escritura									x	x	x	x	x			
Corrección													x	x	x	x
Entrega final a la Universidad de Antioquia																x

3.10. Presupuesto general

Material fungible		
Rubro	Justificación	Valor
4 lápices	Toma de nota	\$4.000
2 cuadernos	Toma de nota	\$15.000
3 pares de pila Triple A	Funcionamiento de la grabadora	\$15.000
Total material fungible		\$34.000
Trabajo de campo		

Viáticos	Transporte para trabajo de campo	\$500.000
Alimentación	Almuerzos, refrigerios	\$250.000
Total trabajo de campo		\$750.000
Otros		
Memoria USB 16 GB	Almacenamiento de información	\$25.000
Depreciación Grabadora de voz para periodistas Sony 20%	Para recolección de testimonios de las fuentes en formato audio	\$30.000
Depreciación Computador portátil 20%	Computador Asus para análisis de información y escritura	\$300.000
Total Otros		\$355.000
Total costos		\$1.139.000
Imprevistos		\$113.900
Total proyecto		\$1.252.900

3.11. Referentes Bibliográficos

Aguilar Ríos, L., & Franco Gómez, L. (1997). *Familias con un miembro que utiliza al menor en la Mendicidad*. (Tesis de especialización). Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Así estafan los falsos mendigos en buses y calles de Lima. (2017, 10 de abril). *El Comercio*. Recuperado de <https://elcomercio.pe/lima/estafan-falsos-mendigos-buses-calles-lima-413545>

Avendaño Castro, W. R., & Paz Montes, L. S. (2013). Rebusque y mendicidad: Muestra de desigualdad y pobreza en Cúcuta, Norte de Santander, Colombia. *Revista Apuntes del CENES*, 32(55).

Bertruy, R. I. P. (1999). Vagos y mendigos: las visiones de juristas y filántropos en el último tercio del siglo XIX en la ciudad de México. *Revista Fuentes Humanísticas*, 10(19), 143-161.

Betancur Gómez, J. (2000). *Moscas de todos los colores*. Colombia: Ministerio de Cultura.

- Medina, Â. (2018). Tráfico de crianças para fins de exploração da mendicidade: contextualização do problema,(algumas) medidas de protecção das vítimas e lacunas do sistema português. *Debater a Europa*, (17), 53-74.
- Correa, C. (2014). *Aprendiz de cronista. Periodismo narrativo universitario en Colombia 1999-2013*. Medellín: Universidad EAFIT.
- De Diego, A. (2007). *La crónica periodística: Un género personal*. Madrid: Universitas.
- Durão, S., Cordeiro, G. I., & Gonçalves, C. (2005). Vadios, mendigos, mitras: prácticas clasificatorias de la policía en Lisboa. *Política y sociedad*, (3), 121-138
- El País. (2002). *Manual de Estilo*. Madrid. Disponible en <http://blogs.elpais.com/files/manual-de-estilo-de-el-pa%C3%ADs.pdf>
- Falso mendigo se hacía \$500.00 con una herida maquillada. (2016, 15 de septiembre). *El Colombiano*. Recuperado de <http://www.elcolombiano.com/colombia/falso-mendigo-se-hacia-500-000-con-una-herida-maquillada-DY4991577>
- Frontela, L. J. F. (2016). La misericordia rostro de las congregaciones religiosas nacidas en el siglo XIX. *Revista de espiritualidad*, (300), 369-410.
- Galeano, M. (2015). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. Medellín: La Carreta.
- Graziano M., Lejarraga, A. & Grillo, D. (2004) ¿Prácticas laborales o prácticas mercantiles de mendicidad?: los vendedores ambulantes/mendigos del subte de la ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires, Argentina: s.n. 25 p.
- Gutiérrez-Gaviria, J. C., & Mejía-Urbe, D. (2014). *Corporación de vendedores ambulantes en la Avenida El Poblado en Medellín* (Tesis de pregrado). Escuela de Ingeniería de Antioquia, Envigado, Colombia.
- La Nación. (1997). *Manual de estilo y ética periodística*. Buenos Aires: Espasa Calpe. Disponible en <http://www.mdp.edu.ar/humanidades/documentacion/licad/archivos/modulos/inicial/arcivos/bibliografia/inicial/MI019.pdf>
- Medina, Â. (2018). Tráfico de crianças para fins de exploração da mendicidade: contextualização do problema,(algumas) medidas de protecção das vítimas e lacunas do sistema português. *Debater a Europa*, (17), 53-74.
- Muñoz Dagua, C., & Andrade Calderón, M. C. (2014). Las fórmulas retóricas del rebusque. Un estudio desde la semiótica social de Halliday. *Tabula Rasa*, (20).
- Pérez, R. (2008). Veá, Sucesos para todos y el mundo marginal de los años treinta. *Alquimia*, (33), 50-59.
- Pimienta, J. (2011). *Paradigmas de investigación en las Ciencias Sociales*. Quibdó: Fundación Universitaria Claretiana.

- Pomés, R. (2003). *Vagabundos, atorrantes y mendigos de Buenos Aires (1870-1920)*. (Tesis de licenciatura) Universidad Nacional de Lujan, Buenos Aires, Argentina.
- Quevedo, A. (2007). *Mendigos ayer y hoy*. Madrid: EIUNSA.
- Ramos, J., Moreno, J., Parada, J. & García, A. (2008). La mendicidad en el Caribe colombiano: el caso de los distritos de Barranquilla, Santa Marta y Cartagena. *Revista Economía del Caribe*, (2), 66-105.
- Saavedra, S. (2014). El arte de conmovier. Estudio retórico y pragmático sobre las ventas en los buses. *Panorama de los estudios del Discurso en Colombia*, 51-72.
- Salas, N. (2009). *La crónica periodística peruana*. Lima: San Marcos.
- Salcedo, L. (2013). *Niños de la calle: detrás de la fachada*. (Tesis de pregrado). Universidad de Antioquia, Cauca, Colombia.
- Swift, J. (1729). *Una modesta proposición*. Recuperado de <http://ciudadseva.com/texto/una-modesta-proposicion/>
- Taylor, S. J. & Bogdan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación: La búsqueda de significados*. Barcelona: Paidós.

4. Apuntes sobre una ciudad de mendigos

I

Sobre Aarón y Puntilla

—Estoy buscando mendigos... —le dije.

—Pero eso se puede encontrar en cualquier parte— me interrumpió Aarón.

—Sí, pero mendigos profesionales, que tengan la mendicidad como trabajo y vivan de eso.

Lo conocí en la plazuela San Ignacio. Estaba en las afueras del edificio Comfama sentado contra la pared en posición fetal. Levantaba la mirada al sentir un transeúnte. Si era hombre volvía a bajarla y si era mujer le extendía la mano para pedirle alguna moneda. Su ropa estaba más limpia si la comparaba con la de otros mendigos y habitantes de calle de la plazuela.

Me senté en una banca para observarlo. Se notaba ansioso, parecía esperar algo. Ninguna mujer le había ayudado, se alejaban cuando las interpelaba. Cruzamos la mirada en varias ocasiones, me le acerqué, le di una moneda y le pregunté ¿para qué necesitaba el dinero?

—Para comprar algo de comer.

Estaba atento, miraba a los ojos cuando hablaba y respondía a cada pregunta. Aarón tiene 31 años. Trigueño, labios gruesos, barba. Venezolano. Había llegado hace un año a la ciudad. Me negó que fuera un mendigo profesional, pero aceptó conocer algunos casos.

Se paró y miró alrededor.

—...pero venga mejor estos días. En estos momentos no los veo —me dijo y nos despedimos.

Durante una semana y media estuve frecuentándolo. Lo encontraba sentado en las sillas de la plazuela con otros habitantes de calle o en las escaleras de la entrada de la iglesia. Él me veía, interrumpía lo que estaba haciendo y se acercaba. O en otras ocasiones, me sentaba a esperarlo, él llegaba a los veinte o treinta minutos con algún pan en la mano o una bolsa de agua y se sentaba a mi lado.

Él me contaba las historias del señor que fingía ser ciego y pedía en los semáforos. O el que tenía una enfermedad y se dibujaba una herida. O jóvenes que iban al metro y pedían dinero para el pasaje pero se lo gastaban en drogas. Cada tarde me prometía tratar de convencer a alguno para que viniera a hablarme, pero ellos se negaban a subir hasta la plazuela. A la semana me presentó a Puntilla. Él conoce más la calle y le puede ayudar, me sugirió.

Puntilla me preguntó qué era lo que buscaba. Le expliqué, mendigos. Sí, yo los conozco, me afirmó. Me llevó con él a un extremo de la plaza, llamó a tres hombres y les dijo, denle una entrevista al muchacho. Empecé a conversar con ellos, me miraban y cada uno tomaba su palabra. Puntilla me interrumpió, ¿le están sirviendo? No, le respondí. Ellos son habitantes de calles, no mendigos. ¿Cómo así?, me inquirió. Un habitante de calle vive en la calle. Un mendigo es alguien que pide, pero no es necesario que viva en ella, respondí. ¡Ah, claro, claro! A esos también se los tengo, pero tenemos que ir a la Avenida de Greiff, venga mejor el sábado.

Son las doce y treinta del día. Los estoy esperando en la Plazuela San Ignacio. Escucho la voz de Puntilla. 56 años, delgado, nariz chata. Se acerca y me saluda, le siento olor a alcohol. Hoy tampoco iremos, pienso.

El sol empieza a golpear fuerte. Esperemos media hora y vamos, Aarón ya debe estar que llega, me dice. Puntilla vive al noroccidente de la ciudad, tiene su apartamento, su familia, pero los fines de semana vive en las calles del centro de Medellín, se emborracha y duerme con los habitantes de calle en San Ignacio. En esos dos o tres días se alimenta con la comida que algunos transeúntes le dan.

Aarón se acerca y nos saluda. Trae una bolsa negra llena de fritos de pollo, residuos que le dieron en un restaurante cercano.

—¿Vamos ya? —interrumpió Puntilla.

—Enseguida vamos —respondió Aarón y se alejó.

Había transcurrido una hora, Aarón seguía posponiéndolo y Puntilla estaba perdiendo la paciencia. El primero se me acercó y empezó a comentarme que era mejor no ir, Puntilla estaba muy borracho y era medio loco, mejor otro día.

—¿Vamos a ir o no? —volvió a insistir.

—Mejor no, igual ya está muy tarde —respondí por dar una excusa.

Puntilla comenzó a moverse en círculos pequeños. Preguntaba si ya habíamos almorzado, si teníamos agua. Y me dirigía preguntas sobre la mendicidad. Luego movía las manos como pidiendo monedas, parecía un personaje de un libro de Victor Hugo, un jefe de cuadrillas de mendigos, diciéndome quién me puede servir para la investigación y quién no. Comenzó un pequeño monólogo sobre la mendicidad.

—Es que uno no puede darles nada —hablaba y no se incluía en esa población— usted los ve en la calle, ahí tirados, deme una monedita para comer —cambia la voz volviéndola más aguda y mimada— Y la señora llega y se las da, tome señor, pobrecito —fingía ser una señora, caminaba, simulaba dar la moneda, se alejaba un poco y regresaba— pero si les dan la moneda,

se la gastan en otra cosa —se lleva la mano a la nariz y la huele, luego a la boca y hace como si fumara — no se les puede dar nada, y luego dicen que les den comida, porque esa sí se la comen, pero tampoco —se acerca y habla casi a susurros— porque usted les da comida, y luego van y la intercambian o la vuelven a vender, dos mil, tres mil pesos, todo eso les sirve para otra cosa. Nada se les puede dar, pero sabe cuál es la solución, sentarse con ellos y ver cómo se comen lo que uno les da —nos mira y abre los ojos— de resto no hay manera, no hay manera de ayudarles a estos miserables.

Un hombre se le acerca y le dice que les han dado varios platos de comida, Puntilla lo sigue, mira los platos y empieza a repartirlos democráticamente. ¿Quién tiene más hambre?, lo escucho decir a lo lejos.

II

Sobre la búsqueda de los mendigos profesionales

Pues esta historia también debe ser un engaño, un *performance*. A veces me sorprendo cuando me encuentro analizándolos en el bus, en el metro o en un semáforo. He recorrido la ciudad en los últimos meses buscando mendigos, grabando sus discursos, recordando los que he visto a lo largo de mi vida. Alguna señal que me indique que tal o cual estaba fingiendo o que sus palabras se contradicen.

La primera historia me la contó Jorge, vendía o conspiraba, como le decía él, en los buses en la calle San Juan. A sus 16 años se subió con unos amigos a vender dulces en un bus. Ellos iban a enseñarle cómo debía hacerlo, debía contar algo sobre su vida y ofrecer los confites. Se subieron, sus amigos comenzaron a hablar mientras él repartía, cuando llegó su turno no sabía qué decir, tenía vergüenza y se bajó del bus sin ni siquiera recoger el dinero que le estaban ofreciendo. Sus amigos se burlaron y él no quiso subirse más.

Prefirió vender en los semáforos para no tener que hablar con las personas. Era solo dejar el producto en el parabrisas del vehículo, pero los buses dejaban mejores ganancias. Ante una necesidad tuvo que volver a trabajar en ellos. No tenía una historia, empezó entonces a contar que era desplazado y que necesitaba dinero para pagar la pieza. Cuando hablé con él ya tenía 27 años, muchos de ellos en las ventas ambulantes y otros en la cárcel. Historia que también utilizaba y exageraba para vender mejor. Todos exageran o inventan una historia. Todos conspiran, me decía.

Así me vi escuchando y mirando con más atención las palabras y gestos de los mendigos. Todos eran sospechosos. Imaginaba cuál era el engaño en la mujer sentada con su

niño en un semáforo junto al Centro Comercial Santafé. Dudaba de los carteles que muchos mostraban en las calles. ¿Quién los había escrito? ¿Los errores ortográficos eran intencionales? La mendicidad, en un principio, se me transformó en malicia. No había tenido en cuenta que ella no es un término estático que aglomera una condición, al contrario, tiene sus ramas, divisiones, matices y hasta sus mezclas con otras profesiones.

Mendicidad ajena, cuando se obliga a alguien a pedir limosna en beneficio propio. Mendicidad infantil, cuando hay menores de edad involucrados. Mendicidad de diversión o entretenimiento, cuando la persona que mendiga no sólo pide sino que canta, hace malabares o algún arte. Mendicidad de profesión, cuando esta se tiene como trabajo y principal fuente de ingresos. Incluso se ha llegado a hablar de prácticas mercantiles de mendicidad, donde la persona que vende expone su situación de necesidad con el objetivo de vender más fácil su producto.

Mi búsqueda debía ser por los mendigos profesionales, aquellos que tienen un horario, una rutina. Mendigos que establecieron una estrategia de supervivencia que les permite obtener de una manera más fácil el dinero que les posibilita suplir sus necesidades básicas. Y lo más importante, reconocieran la mendicidad como trabajo u oficio. Indagar por las historias que Aarón me dijo que había visto y yo escuchado.

Recordé a la señora que cada tarde se subía en el bus que me traía hasta la casa. Ella trabajaba todos los días en el paradero de la Estación Aguacatala. Al prestarle atención a su discurso rutinario, identifiqué que sus palabras eran siempre las mismas, incluso llegué a pensar que utilizaba algún tipo grabadora.

Su tono de voz me hacía sospechar, parecía una alumna repitiendo de memoria la lección ante su maestra, coma por coma, punto por punto. Decidí hablar con ella y contarle sobre las historias que había escuchado. Sus ojos en un principio vivos, seguro esperando alguna moneda de mi parte, se fueron apagando a medida que le iba hablando. Al final me rechazó con el mismo tono repetitivo y memorial: No, señor, yo necesito unas moneditas para poder reclamar mi medicamento.

Escenas de mi niñez también volvieron a mi mente. Un señor que llegó a mi casa pidiendo ropa para su familia porque acaban de llegar desplazados de un pueblo de Antioquia. Y mi mamá y mi abuela luego contando que la historia era mentiras, que el señor revendía la ropa en el centro de la ciudad. ¿Cómo poder hallar o rastrear ese mendigo? ¿Qué estrategia utiliza para esto? Los mendigos en la antigua Grecia hacían marcas en las casas de acuerdo a la limosna que daban en ellas, así los que llegaban después podían identificar en cuáles casas pedir y en cuáles no. ¿Él tendría una estrategia similar?

La dificultad de rastrear esa historia me hizo dejarla de lado. La única posibilidad era que alguien volviera a tocar la puerta de mi casa con el mismo propósito. Y así fue.

¿Quién es? pregunté. Señor, es para ver si tienen algo de ropa o comida que me puedan regalar. Abrí la puerta. Era un hombre moreno, labios gruesos, joven, alto y con gorra. Tenía acento chocoano. Repitió lo mismo que me dijo y agregó que acababa de llegar del Chocó con su familia y se estaban quedando en Moravia. Lo miraba estupefacto, le dije que esperara. Pensaba en la mejor forma de abordarlo sin que se asustara mientras buscaba algo de ropa. Si le ayudaba seguro me contaría su historia. Encontré unos jeans y unas camisas que ya no me servían, se los entregué, y le hablé sobre las observaciones que venía realizando. Me miraba confundido, para darle un poco de confianza, o tal vez para darmela a mí, le narré la historia del mendigo que iba de puerta en puerta pidiendo ropa y que según comentaban la revendía.

Negó con la cabeza y me aseguró que la ropa sí la necesitaba. Nos estamos quedando en Moravia, dijo. Recibió la ropa, le agradecí y él hizo lo mismo. Esperé un momento y no cerré la puerta hasta que dejé de escuchar sus pasos, pensé que de pronto podía devolverse. Cuando la cerré, me encontré con la risa de mi hermano que se burlaba por lo extraño de la situación.

III

Sobre un mendigo en el metro

¿Existirán o los estoy exagerando? Me encontré haciéndome esta pregunta muchas veces ante los pocos resultados de la búsqueda. Me quedaba en las afueras de las estaciones del metro esperando a que llegara alguna persona a pedir monedas para el pasaje y poder abordarlos. En los espacios que destinaba para esto no llegaba nadie, en cambio cuando pasaba de largo por la estación y con afán de llegar a una clase o una reunión y era imposible detenerme, alguien estaba ahí pidiendo para el pasaje.

Me vi entonces en la necesidad de anotar la hora, la estación y una descripción corta de la persona que veía. Casi las doce del día, estación Aguacatala, señora de unos 60 años. Siete de la noche, estación Universidad, señora embarazada. Dos de la tarde, estación Universidad, joven de unos 25 años. Siete de la noche, estación Caribe, señor de 50 años vestido como campesino. Ocho de la noche, estación Poblado, señor de 40 años parecía habitante de calle. Diez de la mañana, estación San Antonio, señora de unos 50 años y niña de alrededor 8 años.

O anotando las recomendaciones que conocidos me hacían sobre mendigos. Ir a la estación Tricentenario en las mañanas, siempre hay alguien. Ir a la Terminal del Norte en las

noches. Ir a la estación Niquía en las noches. Ir a la estación Envigado e Itagüí a cualquier hora del día. Ir a la estación Estadio en las mañanas y en las noches. Volví a estos lugares a la misma hora que anotaba o recomendaban, el resultado siempre era el mismo, cero mendigos.

Dos de la tarde, estación Universidad, joven de unos 25 años. A Santiago* lo anoté así, y luego lo volví a encontrar a las siete de la noche en el mismo lugar. Él estaba en las escaleras de la estación, yo lo estaba observando un poco más arriba.

Él pedía para el pasaje, un grupo de tres mujeres pasó a su lado, una de ellas paró y le dijo algo a las demás. Él prestó atención, las miró y bajó la cabeza. La joven que se detuvo se acercó y le dio unas monedas, siguió su camino. Inmediatamente otra joven del mismo grupo se devolvió, le preguntó algo y le dio un billete. Él en un tono más bajo y quedo les agradeció, siempre con la mirada en el suelo. Ellas siguieron su camino, Santiago bajó las escaleras, pasó la calle y se alejó.

Bajé tras él. Lo alcancé y le pregunté para dónde iba, luego le hablé de las veces que lo había visto haciendo lo mismo. Él sonrió y aceptó que no pedía para el pasaje, que esa forma de ganar dinero era su oficio. La mendicidad era su trabajo. Me pasó su teléfono, y quedamos en encontrarnos luego, él debía llegar temprano a su casa.

Le escribí a los días por WhatsApp, los mensajes no le llegaban. Lo llamé y no contestó. A las semanas le volví a insistir, contestó una mujer, me lo comunicó y acordamos vernos cerca de la estación. Tampoco llegó. Luego me lo encontré pidiendo de nuevo dinero para el pasaje. Lo saludé y se disculpó, agendamos otra cita. No llegó.

Continué recorriendo las estaciones del metro con el solo propósito de encontrar mendigos. El rechazo de algunos de ellos me hizo regresar de nuevo a Santiago. Él había aceptado que ese era su trabajo y en ningún momento se negó a hablar conmigo. Eran problemas de agenda, pensé. A los meses le marqué de nuevo, contestó, se acordó de mí. Quedamos en hacer la entrevista vía telefónica, me dijo que le marcara al día siguiente. No contestó.

Lo encontré de nuevo en la estación. Me vio, se acercó y se disculpó. Me propuso hacer la entrevista en ese mismo momento. Buscamos un lugar tranquilo donde sentarnos y empezamos a conversar.

Había estado preparando las preguntas con meses de anticipación. Imaginaba las situaciones hipotéticas por las que podía pasar un mendigo profesional y me planteaba las dificultades que podía enfrentar y cómo él les daba solución. Hablamos de la manera en que se acercó a la mendicidad. —Yo hago esto hace siete años, empecé con una necesidad. Al principio sí era verdad, si necesitaba para un pasaje y yo veía que la gente le colaboraba a uno

con mil, dos mil, tres mil y yo ve, mirá, lo del día me lo hice acá parado en media hora —me dijo.

La casualidad, pensé, mientras Santiago me respondía, fue la forma en que se dio cuenta que pedir para el pasaje en las estaciones del metro le dejaba ganancias superiores a un día de trabajo formal. Él tiene 27 años. Tez trigueña, quijada pronunciada, pelo ondulado.

A medida que su narración me iba llevando a la estación Envigado y lo imaginaba buscando el pasaje, luego dándose cuenta que lo había perdido y a continuación pidiéndole dinero a los transeúntes para poder volver a casa, iba descartando las teorías que me había formado en mi mente durante los meses que lo estuve buscando. Al final no fue tan difícil trasladar a Santiago al escenario que me planteaba. Su rostro y sus manos ilustraban y ejemplificaban cada palabra que decía.

— ¿Pero en qué momento decidiste dedicarte a la mendicidad? — le pregunté.

— Cuando empecé a buscar un trabajo, mientras hacía esto, porque yo iba, llevaba las hojas de vida, con la motivación de uy, un trabajo, algo así para no seguir en esto. Y llegaba uno, y le voy a decir la verdad —alzó los hombros e hizo un gesto de decepción— una vez yo sí tuve un trabajo, el mínimo normal. Y de siete a seis de la tarde, 25 mil pesos, y yo uy no, va a sonar feo y todo pero yo esos 25 mil pesos me los hago en dos horas. Eso es lo malo de esto también, se queda uno ahí, se acostumbra.

En Colombia la tasa de desempleo juvenil es mucho más alta que el promedio general de desempleo en el país. Para el trimestre mayo - julio de 2019 se ubicó en 17,5% y para el mismo periodo en el 2020 fue de 29,7%. Por lo que la costumbre que menciona Santiago es solo una oportunidad de obtener un dinero que cubra unas necesidades básicas. En su caso poder pagar el arriendo de su apartamento y adquirir alimentos.

— ¿Y cómo es tu día en esta labor?

— Trabajo todos los días. Los horarios buenos son por la mañana de 10 a 12 y de 4 a 7. Me despierto, me arreglo, salgo de la casa, voy a la estación. Yo no gasto plata en pasajes, yo digo que me colaboren, la gente siempre me colabora. Llego a la estación y empiezo mi labor, porque yo la veo como una labor, a decirle a todo el mundo que me ayude, a todo el que vea, así es.

— ¿Y cómo te prepararás para eso? —le pregunté y noté en su cara una seguridad como cuando un profesor explica a su alumno la lección.

— Normalmente, yo me visto normal, tampoco me voy a venir de cachaco y de corbata, pero sí trato de venir lo más limpio —empieza a mirar su ropa y a tocarla para ejemplificar— Siempre con camiseta de botones, lo más decente posible, para que la gente diga ve a este

muchacho sí realmente se le perdió el pasaje. Y también invertir en eso, porque si este es mi trabajo yo tengo que comprar mi ropita para que la gente me colabore.

El trabajo o la labor, es más que una actividad económica que te permita obtener ganancias, es el establecimiento de una rutina y un conocimiento que te facilita hacer cierta actividad. En la edad media el mendigo era un medio para expiar los pecados, su labor era social y religiosa, un puente entre Dios y el pecador para redimir sus faltas. En el siglo XXI la mendicidad profesional se convierte en una estrategia de supervivencia cuando las condiciones del país no le garantizan las condiciones básicas, *decirle a todo el mundo que me ayude*, como señala Santiago.

— ¿Y al estar tanto tiempo en esto, alguien que te ha ayudado no te ha vuelto a reconocer en la misma condición? —lo cuestiono recordando una de los escenarios que me planteé en estos meses.

— Sí, y me dice: ah, que otra vez para el pasaje. Y me da mucha pena, es muy maluco, es como uno ponerse en los zapatos de la otra persona —baja un poco la cabeza y luego vuelva la mirada hacia mi— Ve yo le di dos mil, cinco mil pesos a este muchacho, y lo volví a ver. Pero me reconforta que la gente no me ve en una esquina fumando un bareto.

— ¿Y si alguien te dice que te paga el pasaje con la tarjeta cívica?

— Yo siempre digo que es para un pasaje del bus porque mucha gente, como yo lo hago en las estaciones del metro, me dicen lo paso, y yo digo que no. Yo siempre menciono lo más lejos que pueda. O Guarne o Rionegro. Entonces yo ya me devuelvo o hago la simulación como si me fuera a coger el bus, espero que la gente se monte al metro y ya me devuelvo — me contestó como el maestro que responde una pregunta simple a su estudiante.

La búsqueda del mendigo profesional me llevó a cuestionarme por su familia o seres queridos. Hasta llegué a imaginar si podrían acompañarlo en su labor o cómo contaban a los demás la labor que hacía su hijo, hermano, novio o esposo. Con bastante emoción le pregunté: — ¿Alguien de tu familia sabe?

— Sí, mi esposa, al principio no le gustó, porque me decía que yo tenía dos manos, dos pies, usted puede trabajar, y yo claro, y le dije que no lo iba a hacer, pero yo bajo cuerdas seguí dándole, y ella veía que yo llegaba en tres o cuatro horas con cincuenta mil pesos —sonríe— y ella me preguntaba, ve de dónde lo sacaste, y yo le decía no, me fue bien en el trabajo. O alguna cosa le sacaba, hasta que ella se dio cuenta. Una vez iba en el metro y me vio. Lo que la reconfortó a ella es que con esto me iba bien.

—¿Y alguien más sabe?

— Mi mamá, pero a ella no le gusta. No lo aceptó. Una vez casi me la encuentro de frente, yo le iba a pedir a un señor una moneda para el pasaje y me tocó hacerme el güevón, y decir, ey venga señor deme la hora —ambos comenzamos a reírnos.

Al terminar la conversación me emocioné, al fin había podido hablar con un mendigo profesional. Reconocí que había exagerado, que la fantasía del mendigo millonario, con su casa propia, con sus super estrategias sobre cómo obtener mejor una moneda era más una labor ardua, de mucha paciencia. Ese ser fantástico que había imaginado era mucho más cercano a un trabajador por horas y sin seguridad social como los que abundan en el país. Un rebusque.

IV

Eso que llaman mendicidad

Todos somos mendicidad. Mendigos son Occidente y Oriente. Mendigo fue Odiseo al regresar a Ítaca. En mendigos se transformaron Zeus y Hermes para visitar la ciudad de Tiana. Mendigos encuentra Buda al escaparse de su mundo de lujo y felicidad. De los mendigos también se ocuparon Platón, Aristóteles, Derrida, Nietzsche, Rousseau...

Mendicidad hay en la mano derecha cuando no la ve la izquierda. Mendigos cuando se reza el Padre Nuestro y se disponen las manos para pedir ayuda a la trinidad. Mendigos gritan al Rey de Israel pidiendo ayuda. Mendigo Bartimeo al ser curado por Jesús. Mendigo Lázaro. Mendigos los hijos de Israel, mendigos hay en el Reino de los Cielos. Mendigos fueron Hunahpu y Xbalanque para enfrentar a los Señores del Mundo Subterráneo en el Popol Vuh. Mendigos en el Ramayana y el Mahabharata.

Mendigos en los monasterios y pueblos de la Edad Media. Mendigos utilizó Dios para expiar los pecados. Mendigos en la pintura renacentista de Pieter Brueghel, mendigos expuestos en el Louvre. Mendigos en las calles que divisa Quasimodo desde la Catedral de Notre Dame, mendigos descritos por Victor Hugo.

Una modesta proposición planteaba Jonathan Swift para acabar con la pobreza en Inglaterra, entre ellos los mendigos. *El príncipe y el mendigo*, Mark Twain, Estados Unidos. ¿Mendigo el Lazarillo? La historia de Abdula, el mendigo ciego en las *Mil y una noches* que se niega a recibir ayuda sino está acompañada de una bofetada.

Mendigos en las calles y ciudades en la modernidad. *La huelga de los mendigos*, Aminata Sow Fall, África,. *El mendigo*, Naguib Mahfuz, Egipto. Mendigos rumanos en Europa Occidental. Mendigos en *Los bajos fondos* de Máximo Gorki. Mendigos comenzaron a ver de nuevo los rusos después de la caída de la Unión Soviética.

Dos mendigos rumanos expuestos como obra de arte en el Museo de Arte Contemporáneo de Malmö (Suecia). Mendigos en las calles atiborradas de India. Mendigos en la catedral en Guatemala bajo la dictadura de Manuel Estrada Cabrera. Mendigos los indígenas luego de la conquista, mendicidad indígena en las calles latinoamericanas.

Los mendigos también son estudiados por la Organización Mundial del Trabajo. La mendicidad infantil bajo los ojos de las organizaciones de derechos humanos. Mendicidad en los semáforos con todos los miembros de la familia. Mendicidad en los carteles que acompañan esas familias. Mendicidad en los migrantes.

Mendicidad cuando vas al supermercado y para donar te muestran la imagen de un niño. Mendigos en el transporte público. Hasta la beneficencia es mendicidad. Mendigos cuando realizan una teletón y utilizan las imágenes de los necesitados para recolectar dinero. Mendicidad en nuestra cultura cuando utilizamos expresiones como “me da”, “me ayuda”, “doy lástima”, “da lástima”. Mendigo es Santiago cuando va de su casa al metro. Mendigos.

Mendigos profesionales también eran las personas que pedían en ciertos parques públicos. Si le preguntaba a conocidos por esta clase de mendigos, todos me respondían que tenían un caso, y al cuestionarlos más por estos, me señalaban un punto donde los podía ir a ver, o que un familiar sabía que ese mendigo tenía casa o hasta carro. Pero solo eran mitos alrededor de ellos, ninguno lo sabía realmente. Solo era un voz a voz, hay uno en Envigado, en Itagüí, en El Santuario, en San Antonio de Prado...

Estoy por la estación San José del tranvía. Ella está parada junto a un restaurante con una bolsa de dulces, pide algunas monedas a los transeúntes que continuamente la ignoran. Me la han señalado, ella siempre se hace por estos lados, pero dicen que tiene casa, no tiene necesidades.

Ella continúa en su labor, luego se aleja y empieza a caminar hacia el teléfono público. Hace una llamada, no le contestan. Vuelve al mismo punto. ¿Por qué ella? ¿Qué tiene de diferente al par de ciegos que caminan de negocio en negocio pidiendo una moneda? ¿Por qué no puede ser el joven que también ofrece dulces? ¿O los indígenas? ¿O las decenas de ventas ambulantes? En esta ciudad parece que todos conocen o han escuchado la historia de un mendigo millonario.

Birbichand Azad era un mendigo indio, vivía en Mumbai y tenía 82 años según varios medios y 62 años según otros. Falleció en octubre de 2019 y su muerte se hizo viral porque la policía de esa ciudad encontró en su casa bolsas de monedas que había acumulado a lo largo de su vida.

La suma total de este dinero era 177 mil rupias (cerca de ocho millones colombianos) para unos diarios y 887 mil para otros. En el *Mumbai Mirror*, periódico local, se puede ver un video donde los policías están contando las monedas. Se demoraron ocho horas haciéndolo, aunque para otros medios fueron seis. Fortuna, millonario, impresionante son las palabras que utilizaron los periódicos para calificar el hecho. ¿Ocho millones de pesos colombianos? ¿Recogidos durante cuánto tiempo? ¿millonario? Millonario y mendigo era Odiseo cuando llegaba a Ítaca.

V

Un mendigo en un centro comercial

¿Cuántas mesas se deben recorrer en un centro comercial para recoger diez mil pesos? Estoy en el Centro Comercial Monterrey. El hombre camina por la zona de comidas. Se va acercando a cada una de las mesas, lleva un papel en sus manos, comenta algo a quienes están en ese momento almorzando o conversando en el lugar y se aleja. Son casi las tres de la tarde y no somos más de diez personas.

Él se acerca a mi mesa, se presenta. Se llama Antonio*, necesita dinero para poder comprar unos medicamentos que la EPS no le ha dado, me va mostrando las fórmulas que lleva en sus manos. Le pregunto por su enfermedad. Diabetes, me contesta. ¿Cada cuánto tiene que recurrir a esto? Cuando el dinero no me alcanza, responde y continúa contándome su historia, luego se sienta y seguimos hablando sobre él.

Antonio es un mendigo circunstancial, en otras palabras, recurre a la mendicidad de manera esporádica y con un objetivo muy concreto. Él tiene sesenta y dos años, trabajó en el sector de la construcción pero debido a un problema en su columna no lo siguieron contratando. Vive con su esposa que es pensionada, con ese dinero sobreviven los dos, pero en ocasiones les quedan faltando cosas por adquirir. O en otros momentos él solo quiere tener su propio dinero. Allí es donde acude a la mendicidad.

El voz a voz fue como Antonio se enteró de las ganancias que podía obtener si se dedicaba a pedir, o al menos conseguir lo que necesitaba. Al reclamar su medicamento y pagar la cuota moderadora se quedó sin dinero para regresar a casa. Ese día caminó desde el centro de Medellín hasta Itagüí, y al conversar con sus amigos sobre la travesía que había hecho, uno de ellos le recomendó pedirle dinero a las personas: dígales que necesita para el pasaje o si le pueden ayudar para comprar su medicamento, pero ojo se le vuelve un vicio.

Antonio recorre los centros comerciales Monterrey y Mayorca buscando recoger un tope máximo de diez mil pesos que le sirva para pagar un pasaje, comprar algún alimento que

falta en su casa o poder ir al parque y disfrutar un momento con sus amigos, una cerveza, una apuesta.

Él habla de la mendicidad como una actividad que no debe hacer repetitivamente y a la que no se puede acostumbrar. Donde debe medir sus ganancias para no sentir que está engañando al otro y para no volverlo su profesión. Como si la mendicidad fuera tasable, medible, como si la cantidad que recibe la persona definiera el grado de mendicidad en que se encuentra.

También hablamos de un señor en Itagüí, que siempre pide en el mismo lugar. Todos, según él, dicen conocerle la casa y saber que ese es su trabajo. Parece indignarse por la situación de ese mendigo. Antonio debe seguir recolectando el dinero que le falta. Se levanta, me muestra una imagen de su familia, tiene tres hijos pero ellos también tienen su hogar y sus necesidades, me explica. Se despide, guarda su fórmula, se sigue acercando a las mesas que faltan. Ya había recogido cuatro mil trescientos pesos.

VI

Sobre dos mendigos

Ignoro si fue el miedo, el afán o la mala educación el motivo del rechazo. Al hombre ya lo había visto en la estación Poblado y en la estación Caribe y luego de su negativa lo encontré más de una vez en la estación Universidad. Siempre lo vi vestido con ruana, sombrero, jean, botas de caucho y mochila. Pedía dinero para ir a su pueblo.

Me le acerqué de la misma manera que lo hice con los demás, le pregunté sobre el dinero que necesitaba. A continuación le hablé sobre las historias de mendigos que había escuchado. Antes de que pudiera terminar, el júbilo que se notó cuando le hablé fue disminuyendo y empezó a alejarse mientras me decía que él sí necesitaba el dinero para el pasaje. Se ubicó para seguir en su labor, seguía negando con la cabeza mientras evitaba mirarme.

Prefiero pensar que fue el miedo. El verse descubierto y pensar que perdería su forma de ganar dinero. La mendicidad de profesión es solo una estrategia de supervivencia en un país donde el 47% de su economía es informal y su tasa de pobreza monetaria, población con ingresos mensuales por debajo de los definidos como necesarios para cubrir las necesidades básicas, es de 27% según el DANE.

Profesionalizar la mendicidad puede llevar a pensar que el mendigo está engañando a las personas, les está robando o se está pasando de vivo. No es difícil relacionar la mendicidad

con estos dos términos. En el libro *Mendigos ayer y hoy*, Amalia Quevedo relata como estos se aliaron con las bandas de robo, y a parte de la pereza al trabajo, la condición comenzó a relacionarse con el hurto durante los siglos XVII y XVIII.

Tuve la oportunidad de hablar con Quevedo vía WhatsApp, al tratar el miedo del mendigo de exponer su profesión y del rechazo que produce en algunas personas me recordó que la mendicidad al igual que el zapatero o el médico, cuando se realiza de manera seria, tienen un horario y una dedicación y se llega a desarrollar un *know-how*, un saber cómo ejercerla. En ese sentido es una profesión como cualquiera, pero al ser ella la que nos busca, nos resulta molesta. Buscamos al médico cuando estamos enfermos, o al zapatero cuando se nos daña el zapato. ¿Cuándo deberíamos buscar al mendigo profesional?

Esto cuando hablamos del mendigo que vemos constantemente en el mismo lugar y a la misma hora. El mendigo que nos inoportuna y se cruza en nuestro camino, debido a unas condiciones de desigualdad que la ciudad y el país representan para él. Hay un miedo de que se descubra que ese es su trabajo, su fuente de ingreso, porque al final luego de su presencia durante siglos en la historia de la humanidad y en diferentes sociedades ¿cuándo los hemos buscado?

Ir a la estación Niquía en las noches. Allá lo iba a encontrar. Era un señor de unos 50 años. Una amiga lo había visto pedir para el pasaje en más de dos ocasiones. Me acompañó, llegamos casi a las siete. Recorrimos varias de las salidas de la estación y al no verlo nos sentamos a esperar. Casi a las ocho y media apareció.

Nos acercamos, lo saludamos y le recordamos las veces que lo habíamos visto pedir para el pasaje. Solo queríamos hablar con él, oír su historia. Sonrió al escucharnos, nos preguntó cómo nos dimos cuenta. Parecía feliz y mencionó otras estaciones donde también trabajaba. Parecía orgulloso de su profesión. Nos dijo que nos daría una entrevista pero que mejor mañana a la misma hora, él siempre estaba por ahí. Nos despedimos, la sonrisa que tuvo cuando empezamos a hablar seguía en su rostro.

Llegué a la estación a las ocho, me senté a esperarlo. A las diez de la noche tomé el metro para volver a casa, no había llegado. Volví tres noches más. No lo volví a ver. Prefiero pensar que fue el olvido.

VII

Sobre la labia

—Venga, él tiene algo para contarle, él tiene la historia que usted necesita —me llamó Puntilla invitando a sentarme junto a un hombre— a ver cuénteles, cuénteles la historia de la pareja —prosiguió pero esta vez dirigiéndose al hombre.

El hombre lo miró con desespero, luego respiró más calmado. Es habitante de calle. Me miró a los ojos, me dijo su nombre y me dictó su número de cédula.

—Cuénteles pues —inquirió Puntilla.

El hombre lo miró, se desesperó de nuevo y comenzó la historia sin prestar mucha atención a lo que digo:

""Estoy por allí sentado y se acerca una pareja: un señor y una niña. Y me dijo: ¿a usted qué le pasa pues hombre? Y yo, no, nada, por aquí pensando en la situación hermano, es que desde ayer no paso bocado, y estoy esperando a alguien que se apiade de mí y me regale un bocado de comida.

""La señora se quedó mirándome y dijo, cariño ayudémoslo. Me llevaron para una cafetería, desayuné. Les dije: yo tengo mi familia también, lo que pasa es que yo soy muy callejero. Y la señora, papi, déjelo, lo que le provoque aquí que pida. Yo pedí común y corriente, y me dijeron por dónde vive usted, y yo dije por allí en un pueblito, yo vivo en Santa Rosa de Osos. ¿Y qué hace por aquí? buscando una hija que está aquí en Medellín, y no he podido hallarla. Tengo un problema que me tomé unos tragos, y me asaltaron, me robaron con lo que sobrevivía y hasta una puñalada me pegaron.

""¿Y ahora cómo va a hacer para irse? ¿ahora cómo va a hacer para viajar? ¿usted tiene el pasaje? Y yo no. Entonces me dijeron desayune, que ahora le esperamos para darle el pasaje. Y yo listo, mi Dios les pague, Dios los bendiga, yo me desayuné, y me dijeron, ¿cuánto es que vale el pasaje para irse para allá? Y yo vale 25 mil pesos pa' Santa Rosa de Osos. Y ellos: hmm, 25, pero tenemos que hacer una cuestión, lo vamos a llevar hasta la terminal de transporte, y allá lo embarcamos. Y yo de una, sin pensarlo. Y yo pensé que me iban a llevar volando pata, y no, pagaron taxi, Terminal del Norte, allá llegamos, tiquete a Santa Rosa de Osos. ¿A qué horas sale el viaje? A tal hora. Y yo dije: yo qué como cuando llegue allá, ¿qué elaboro de comida?, y ellos aah, jum. Billeto de 50, casi me da el yeyo ahí, se me olvidó cuál Santa Rosa ni que nada"".

— ¿Y esa historia que usted les contó tiene algo de real? —pregunté.

—No, me la saco del sombrero —me respondió.

—No, eso es un trabajo, eso un camello — contestó también Puntilla— inventar.

—El arte más dura que hay es pedir limosna, hombre. Porque eso es mendigar, eso es llegar al fango —completó el hombre.

—¿Y usted qué hizo entonces? ¿Se fue para Santa de Rosa de Osos o qué hizo?

—No, en la mitad de la carretera, le llamé la atención al chofer, yo no voy para allá, yo estoy embolatado viejo, yo vivo es en Medellín, iba a buscar una hija por allá, pero no, entonces le desocupo el puesto y devuélvame la mitad del pasaje.

VIII

Sobre otro mendigo en el metro

Son casi las diez de la noche, voy caminando por el puente peatonal hacia la estación Industriales. Detrás de mí vienen dos personas y adelante avanza una mujer. Al final del puente hay un hombre, le dice algo a la mujer, ella niega con la cabeza y continúa su camino. Paso por el lado del hombre y me interpela:

—¿Usted no me puede colaborar con alguna moneda para un pasaje?

—¿Y para dónde va? —le contesto.

—Para Caldas, en el paradero cojo el bus —me responde mientras mira a las demás personas que pasan a nuestro lado.

Lo miro, sus ropas están sucias, lleva una bolsa de tela casi rota. Sus maneras resultan torpes ante las preguntas. Es inevitable no comparar su situación con Santiago, el contraste entre ropas, su timidez, el horario en que está pidiendo para el pasaje. ¿Existe una hora indicada para perder el dinero? Si no fuera por sus ropas creería en su versión, los demás elementos se pueden pasar por alto. No es un pasajero desesperado por encontrar quién lo ayude en las últimas horas de la noche.

Hablamos de ciertos elementos cotidianos y le cuento las historias que he ido recopilando. Se ríe y me acepta que no está pidiendo para el pasaje, sino para pagar una pieza y pasar la noche.

—¿Y por qué no decir eso? —le pregunto.

—Porque así no me ayudan tanto —responde y relata las veces que ha ido a la estación Exposiciones a pedir pasaje, lugar donde más ha recogido dinero pidiendo de esta manera.

Luis* es habitante de calle, tiene 49 años, quince de los cuales ha estado en esta condición. Ha intentando salir de ella pero siempre reincide. Tiene su familia pero decide estar alejado de ellos para que no lo vean en esas condiciones. Cuando necesita un poco de dinero realiza esta estrategia de supervivencia, que le permite recoger de una manera más fácil algunas monedas.

—¿Y si le ayudan así como está vestido? ¿O le toca arreglarse más? —le digo.

—Pues me ayudan para lo que necesito, no es mucho pero sí me sirve. Pero una vez en esta misma estación una muchacha me vio pidiendo, y le recordé mucho al papá. Ella no sabía qué hacer conmigo, hasta me dio diez mil pesos para que me comprara algo y me invitó a tomarme un fresco y hablamos bastante rato —me contesta sonriendo.

La ayuda que recibe un mendigo viene del convencimiento y de la estrategia que utiliza la persona para llegar a los demás. Comparar la labor que hace Santiago con la simulación que hace Luis permite distinguir que no es solo la ayuda y la colaboración que el otro quiere dar. La mendicidad es un discurso que debe llegar al otro, incluso aunque la causa por la que se haga sea cierta hay que convencer al otro de tu desgracia, de la desesperación para que produzca algún efecto que se traduzca en un auxilio. El ayudar y a quién y dónde hacerlo es una construcción cultural que la persona que mendiga debe tener en cuenta si desea vivir de ella o recibir una limosna.

IX

¿Cuándo los hemos buscado?

La búsqueda de los mendigos profesionales es un recorrido al revés. No son ellos los que van de puerta en puerta o de bus en bus o esperan en un semáforo o en una estación del metro. Fui yo el que volvió a sus lugares, el que los esperó varias horas con la esperanza de abordarlos, el que los interpeló. No fueron ellos los primeros en acercarse a contarme un fragmento de su historia, yo los abordé y les hablé de la razón por la que los estaban importunando.

En momentos me sentí en el libro *Sobre héroes y tumbas* de Ernesto Sabato, pero no persiguiendo ciegos para descubrir su mundo oculto, sino mendigos para que me contaran sus secretos. Reconozco mi ingenuidad en los primeros meses, donde mi mente se transportaba a lugares y situaciones hipotéticas, donde ellos se reunían a compartir sus aprendizajes o donde familias enteras armaban un plan para recolectar más monedas o repartirse las zonas para pedir.

Rousseau en su *Nueva Eloísa* compara la labor del falso mendigo con el actor profesional, y afirma que las lágrimas que el primero hace derramar son más genuinas porque a diferencia del segundo el transeúnte o espectador no reconoce la actuación que hay detrás. La interpretación muestra un análisis de una puesta en escena y una sociedad que solo los observa, el teatro de la vida.

El mendigo es una figura que está presente desde la antigua grecia y que llega hasta el siglo XXI sin muy pocas variaciones. Se le puede encontrar recorriendo pueblos por la Europa Medieval o las calles parisinas en el siglo XIX. Ellos no cambian, lo que varía es nuestra mirada sobre ellos. Y en nuestro siglo no se puede apartar el concepto de desigualdad cuando hablamos de ellos.

Las fantasías que pretendía encontrar en un comienzo se fueron transformando en falta oportunidades de empleo en un joven, falta de dinero para llegar a fin de mes de una pensionada y su esposo o en las desventuras de un habitante de calle para obtener dinero y poder pagar una pieza donde pasar la noche. El mendigo profesional es solo una víctima de un sistema que lo aparta de unas condiciones de vida digna, un sueldo que le permita obtener los ingresos básicos necesarios o simplemente disfrutar de un rato de ocio. La supervivencia los llevó a tomar como labor la mendicidad.

Ellos seguirán tocando las puertas, subiendo a los buses o contando sus historias en los semáforos o calles. Siempre han estado ahí. Me he visto cautivado por las palabras de algún vendedor de dulces en el bus. O por la creatividad al momento de presentar el producto. Me conmoví con las historias trágicas de algún mendigo que me interpeló en la calle, subió al bus o tocó la puerta de mi casa.

La mendicidad también funciona a manera de trueque. Ellos nos dan una historia, nosotros les damos una moneda. Y es así como se ha construido este texto, el cual solo buscaba una pequeña mirada a una práctica tan antigua. Yo he dado monedas, y ellos historias. Monedas por historias.